



el trabajo no es cosa de niños

KUKURI el MECÁNICO

A Kukuri le gustaba soñar despierto.

Le gustaba soñar mirando el cielo. Imaginaba que detrás de aquella niebla blanquecina había montañas altas y llenas de árboles.

Montañas preciosas que rodeaban aquella otra montaña, el lugar donde él vivía y trabajaba.

Una montaña fea y apestosa, hecha por los hombres. Hecha de las cosas que los hombres tiran, montones y montones de basura. Cosas que su familia podía aprovechar y vender. Y así podían sacar un dinero y comprar comida. Pero tenían que trabajar todos. Todos tenían que ayudar. Sus padres, él, que era el hijo mayor y todos sus hermanos, por pequeños que fueran. Todos eran necesarios.

Cuando estaba cansado y el trabajo se le hacía pesado, aprovechaba que nadie lo veía y se sentaba e imaginaba que estaba en otro lugar.



Soñaba que tenía un coche rojo, brillante como el fuego y que, como era un buen mecánico, él se lo arreglaba, le ponía faros más potentes, lo hacía correr más.

Con aquel coche viajaba por lugares bonitos, sitios donde todos los niños jugaban y lo miraban sonriendo cuando pasaba.

Llevaba a su madre al mercado, así no tenía que ir tan cargada.

lba a buscar a su padre y ponían las bolsas de chatarra en el maletero.

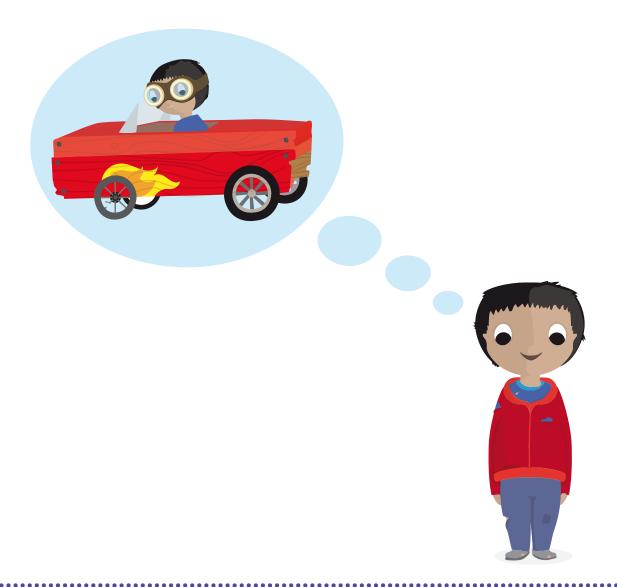
Llevaba a sus hermanos de excursión, a bañarse al río y, eso sí que era un sueño bonito, los llevaba y los recogía de la escuela, cada día, porque no hacía falta que trabajaran. Los llevaba cada día, cada día!

Pero, de golpe, un empujón de su padre, lo hizo volver a la realidad.

-Chico, no piensas trabajar, hoy?

Dijo su padre, con voz potente, mientras rebuscaba en esa montaña de deshechos y recogía todo aquello que podrían vender después.

Y todos los sueños desaparecieron.





Estaba en el mismo lugar de siempre, allí donde había nacido y donde trabajaba desde el momento en que pudo acompañar a su padre. Tal como pasó después con sus hermanos. Y siguió con su tarea de cada día: rebuscar en la basura hasta que encontrara algo que se pudiera aprovechar.

Entonces él, su padre y sus hermanos llenaban bolsas enormes que iban a vender. Unas bolsas que apenas podían arrastrar, casi más grandes que ellos.

Y después las tenían que cargar en los camiones que venían a recogerlas.

Y vuelta a empezar, hasta que el sol se escondía detrás de aquella montaña tan fea, tan apestosa, tan triste.



Pero Kukuri tenía una ilusión. Quería construirse un kart, para bajar a toda velocidad por las pendientes de esa montaña de basura, para divertirse un poco después de aquel trabajo tan pesado, tan aburrido.

Y le encantaba buscar entre aquellos montones, se sentía como si buscara un tesoro. Cada vez que encontraba algo que pensaba que podía servirle, sentía como el corazón se le disparaba y su cabeza empezaba a pensar como podía juntarlo todo.

Llegaba a casa y guardaba todo aquello. Más que guardarlo lo escondía para que sus hermanos no se lo quitaran y su madre no lo tirara o lo aprovechara, porque su madre sabía aprovecharlo todo como todas las madres.

Cada vez que encontraba una rueda, un trozo de chapa, una madera en buenas condiciones, se lo llevaba. Ya no sabía donde guardar tantos trastos. Y eso lo preocupaba mucho. Tenía ganas de empezar a montar su invento, pero no podía. No tenía tiempo, ni espacio.

Además, tenía deberes de la escuela. No iba casi nunca, el maestro lo sabía y le dejaba hacer las tareas a su ritmo.

De vez en cuando, le llevaba los deberes hechos. Le costaba mucho, pero lo hacía. Sabía que tenía que aprender, aunque fuera sólo un poco, para poder salir de esa montaña asquerosa. Quería ser mecánico, se quería construir un coche.

Un día, conoció un chico, se llamaba Apu. Se hicieron amigos.

Era mayor que él, vivía solo y no tenía familia. Lo conoció yendo y viniendo por el vertedero. Kukuri se sentía importante cuando estaba con él. Podía hablarle de sus fantasías, no se reía como hacían en su casa. Le explicó que había recogido muchas cosas, que no sabía dónde guardarlas, que no podía hacer nada, que no tenía sitio.

Y su amigo le hizo una propuesta:

-Tráelo todo a mi casa.

Aunque su casa eran cuatro palos y unos plásticos, Apu le ofreció todo lo que tenía. Esto sí que era un amigo.

Y para allá que lo llevó todo.



Pero tenía un problema, tenía que trabajar, ayudar a sus padres.

Cómo lo haría? Aquello le hacía muchísima ilusión y más ahora que tenía con quién compartirlo, ahora que tenía un sitio dónde poder hacerlo...

Buf, qué rollo!!!

Habló con Apu, le explicó su preocupación.

Entre los dos intentaron buscar una solución. Y se les ocurrió una idea: Apu ayudaría a Kukuri a recoger basura y, cuando terminaran, irían corriendo a montar el kart.

Sabían que era complicado, recoger la misma cantidad de cada día en menos tiempo, procurar que no los vieran, irse corriendo por las callejuelas donde no hubiera nadie... Pero valía la pena, les hacía ilusión.

Tenía tantas ganas!!!!!

Por fin podría cumplir su sueño. Ya no le haría falta sentarse a contemplar el cielo para imaginar. Ahora ya no soñaría, ahora trabajaría, mucho, mucho, mucho...





El primer día estaban muy nerviosos.

El padre de Kukuri se miró extrañado a Apu, no era muy normal que allí la gente se ayudara, todos tenían mucho trabajo.

Y después de cargar los camiones, los dos desaparecieron.

Llegaron a casa de Apu, resoplando, sudados y nerviosos. Tenían mucho trabajo por hacer.

Empezaron a clasificar: las maderas a un lado, las ruedas en otro, la chatarra que valía la pena la trataban como un tesoro.

Qué cantidad de material!!!! Kukuri no se lo creía... Y qué cantidad de trabajo!!! Estaba tan contento!!!!

Y tenía un amigo con quién compartir, eso sí que era un hallazgo. Una persona a quien no tenía que cuidar, ni vigilar, ni proteger, solamente pasarlo bien.

Estaban tan excitados que no se dieron cuenta que oscurecía. Cuando vieron la hora que era, Kukuri tuvo que salir corriendo. Tenía que cenar y hacer los deberes.

A partir de aquel día las carreras fueron normales. La tarea de montar el kart era el momento culminante de la jornada. Parecía que aquello iba en serio. Y llegó el día.

Tenían que probar el kart.

Kukuri no había podido guardar el secreto, lo había explicado a sus hermanos. Ellos lo echaban en falta cada tarde, estaban acostumbrados a tener a su hermano cerca y les tuvo que decir porqué se ausentaba.

Allí estaban, en lo alto de un montecito de basura, alineados, sin decir nada, contemplando aquella maravilla.

Miraban con ojos grandes el coche. Un coche brillante, potente, precioso.

Aquellas cuatro maderas, aquellas ruedas gastadas y aquel metal usado eran, a los ojos de aquellos chiquillos un coche de fórmula 1.

Y su hermano, el mejor mecánico del mundo.

Kukuri se sentó en el coche. Parecía un corredor en la línea de salida.

Estaba nervioso.

Desde donde estaba dominaba aquel paisaje sórdido, gris, nublado y se sintió importante, privilegiado.

Decidió que era el momento.

Ahora probaría su invento.

Qué miedo!

Kukuri pensó, ahora o nunca.

Y se dejó caer...

Aquel montón de chatarra temblaba entre sus piernas, parecía que iba a desmontarse.

Pero sentía el viento en su cara, la sangre palpitar en sus sienes, el temblor de sus manos. El mundo era suyo

Lo había construido él.

Podía hacerlo. Podía cambiar las cosas.

Y mientras corría ladera abajo, las lágrimas le surcaban las mejillas.

Lo había decidido.

Sería mecánico. Lucharía, trabajaría, estudiaría.

Cambiaría su destino.

